

LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL
MANUSCRITO
DE SANGRE




ESPASA

LUIS GARCÍA JAMBRINA
EL MANUSCRITO DE SANGRE

© Luis García Jambrina, 2025
© De esta edición, Editorial Planeta, S.A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 22.247-2024
ISBN: 978-84-670-7464-2

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*



I

—Pero ¿se puede saber qué es lo que pasa? —balbuceó Fernando de Rojas bajo las sábanas después de que lo despertaran las campanas de todas las iglesias y conventos de Roma tocando a difunto.

La noche anterior se había acostado muy tarde, pues había estado de farra con varios amigos por algunas tabernas cercanas a la vía Asinaria, donde tenía su casa, muy pequeña y mal amueblada. Había bebido mucho y ahora la cabeza amenazaba con estallarle. Parecía como si los badajos de las torres y espadañas le golpearan en las paredes del cráneo haciéndolas vibrar. «Algo grave tiene que haber sucedido en el mundo», pensó mientras se cubría las orejas con la almohada para tratar de abstraerse y dormir un poco más. Pero ya era imposible, el sonido metálico se le había metido dentro con su toque hosco y fúnebre y ya no había manera de acallarlo. Eso le pasaba por la mala vida que llevaba. Si hubiera bebido menos y se hubiera acostado antes, ahora andaría zascandileando por ahí y sabría qué es lo que ocurría, como el resto de los habitantes de la ciudad.

En ese momento, llamaron a la puerta de manera apremiante, como si hubiera un incendio en la casa del que él no se hubiera percatado.

—¿Qué sucede? ¿Quién es? ¿Acaso está ardiendo Roma de nuevo? —gritó él de mal humor.

—El embajador, vuestro tío, os manda acudir con urgencia a su despacho —respondió alguien al otro lado.

—¿Y qué es lo que quiere con tanta prisa?

—¿Es que no os habéis enterado? Alejandro VI ha fallecido esta noche —le informó el criado.

—¡De modo que era eso! —exclamó Rojas—. Tenía que haberlo imaginado. Demasiadas campanas tocando a muerto a la vez, como si quisieran que las oyeran hasta en el cielo, que para eso el fallecido es un papa y llevaba mucho tiempo agonizando.

—Por lo que sé, el embajador está muy preocupado y quiere veros lo antes posible en su despacho.

—Está bien. Ahora voy.

Cuando se levantó de la cama, descubrió que se había acostado vestido y con las botas puestas, como un gañán. Era de talla más bien alta y complexión tirando a fuerte. Tenía un rostro de facciones regulares, la dentadura perfecta y la tez blanquecina, en vivo contraste con el color negro de los ojos y del pelo. Antes de abrir, se atusó un poco la barba y se refrescó la cara con el agua sucia de una jofaina. En la puerta, se encontraba uno de los criados de confianza del embajador, uno algo enclenque, con la piel pecaosa y el pelo castaño, que al parecer era de origen bejarano.

—Tenemos que darnos prisa; si no, vuestro tío me matará y luego hará lo propio con vos —insistió este.

—¿Y qué es lo que se dice por ahí sobre la muerte del papa? —inquirió Rojas mientras cogía su espada y su sombrero.

—Parece ser que, en algunos barrios, han sacado en procesión una figura de mimbre que representaba al Santo Padre y la han quemado después en una pira, como si fuera un endemoniado. También se cuenta que han visto un perro negro con ojos de fuego merodeando por el Vaticano o que el diablo en persona ha venido a buscar el alma del difunto, pues, por lo visto, este había hecho en su día un pacto con él para conseguir la tiara —explicó el criado, persignándose.

—Al escucharos, cualquiera pensaría que el muerto era un hijo del mismísimo Satanás.

—Y puede que lo fuera, Dios me perdone por tener que decirlo, a juzgar por su vida y por sus obras —murmuró el criado.

A esas horas, el calor ya comenzaba a ser insoportable y hacía muy trabajoso el hecho de caminar. En esa parte de la ciudad, todo parecía demasiado tranquilo. Dejando aparte las insistentes campanas, no se veían grandes muestras de dolor ni de preocupación entre los romanos, sino más bien caras de alivio, como si llevaran mucho tiempo aguardando la noticia y en algunos casos deseándola de forma acuciante. Y es que el difunto papa no gozaba de las simpatías de casi nadie, fuera de ciertos miembros de su familia y de sus principales aliados, partidarios y beneficiarios. Sobre él y los suyos circulaban todo tipo de rumores, esparcidos muchos de ellos por Johannes Burckard, maestro de ceremonias del Vaticano, que les tenía especial inquina, no se sabía a ciencia cierta por qué, y ninguno los dejaba bien parados. De ahí que fueran muchos los que querían acabar con el inmenso poder de los Borgia y, de paso, con la supuesta influencia española en los asuntos de la Iglesia católica, apostólica y romana.

Rojas sabía, además, que los Estados Pontificios se encontraban en un momento político muy complicado, con los ejércitos francés y español disputándose el reino de Nápoles y César Borgia intentando conseguir bajo su mando la unificación de algunos territorios y ciudades italianas. Tal vez eso explicara el interés de su tío el embajador por hablar con él cuanto antes; como buen diplomático que era, tendría que tomar medidas y anticiparse a los hechos futuros.

Fuera como fuese, la cosa no pintaba nada bien. Así que Rojas maldijo, una vez más, la hora en que había aceptado

viajar a Roma. Acababa de cumplir treinta años y hacía apenas unos meses que había tenido que salir huyendo de la corte de los Reyes Católicos por haberse descubierto sus amores con la esposa de un duque de cuyo augusto nombre no se quería acordar ahora para no encolerizarse. Lo que sí recordaba a la perfección era su conversación con los monarcas tan pronto tuvieron noticia del asunto:

—¿Cómo os habéis atrevido a hacer tal cosa? ¡Parecéis un niño! —le había reprochado el rey muy enfadado—. El duque es muy poderoso y jamás os perdonará semejante afrenta. Teníais que haber visto cómo se puso cuando se enteró. Si no os ha matado, es porque el asunto no ha trascendido todavía y porque yo se lo pedí como un favor personal.

—Y se lo agradezco a vuestra alteza. Pero ¿qué culpa tengo de que las tierras de su esposa estuvieran sin labrar? —se había justificado Rojas—. Si yo me hubiera casado con una mujer así, me pasaría todo el tiempo con ella.

—Hasta que os cansarais de arar siempre el mismo surco —le había replicado la reina Isabel con sorna—. Al fin y al cabo, sois un hombre, y os puede el deseo de conquistar y roturar tierras ajenas —había añadido con segundas, mirando de soslayo a su marido.

—¿Y cuál se supone que ha de ser mi castigo? —había inquirido Rojas, resignado.

—Tenéis que dejar la corte lo antes posible. Si no lo hacéis así, vuestra vida estará en peligro. El duque pide venganza y nosotros no podremos impedirselo —le había recordado el rey con firmeza.

—¿Y adónde quiere vuestra alteza que vaya?

—Si no estamos mal informados, el embajador en los Estados Pontificios, nuestro querido Francisco de Rojas y Escobar, es tío vuestro.

—Más bien un tío lejano, de la rama rica y bien situada, no de la pobre, como es mi caso...

—Da lo mismo —lo había interrumpido el rey—. Lo importante es que tenéis que marcharos de aquí, cuanto más lejos mejor, y Roma está lo suficientemente distante para ello. Allí podréis prestarnos, además, algún servicio a las órdenes de vuestro tío o lo que sea. Nos está ayudando mucho en la guerra que mantenemos contra los franceses; es uno de los principales colaboradores de Gonzalo Fernández de Córdoba, que está al frente de nuestras tropas, y tiene muy buenas relaciones con el papa, en cuya elección intervino, y que, como ya sabéis, es muy escurridizo, pues tiene miedo de que, además de conquistar por completo el reino de Nápoles, quiera hacerme con los territorios de los Estados Pontificios. Vuestro pariente, sin embargo, le tiene bien cogidas las vueltas y ha obtenido de él diversas bulas en nuestro beneficio, como la administración perpetua de las rentas de las órdenes de caballería en nuestros reinos, la autorización para la creación de obispados en las Indias occidentales y, desde luego, la confirmación de nuestras adquisiciones territoriales en Italia.

—¿Y cuándo podré retornar?

—¡Aún no os habéis ido y ya estáis pensando en el regreso! Tornaréis cuando las aguas vuelvan a su cauce y las tierras que tanto deseáis queden definitivamente en barbecho.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No os hagáis el necio conmigo —había protestado el rey—. No volveréis hasta que el duque se haya reconciliado con su esposa y nosotros lo convenzamos de que es mejor olvidarlo todo.

—Pero Elisa y yo nos queremos —había insistido Rojas con total candidez, como si fuera un tierno infante.

—¡Acabáramos! ¿Acaso pensáis que el amor es una especie de patente de corso para hacer lo que nos venga en gana? El amor no legitima una relación; es el santo matrimonio entre iguales lo único que la consagra. Re-

cordad, por otra parte, los mandamientos de Nuestro Señor. Vuestra estancia en Roma os vendrá bien para obtener el perdón de los pecados y dejar de codiciar los bienes ajenos.

¡Cuán equivocados estaban o simulaban estar los reyes! Si había una ciudad experta en vicios y en pecados, esa era Roma, la nueva Babilonia, la Sodoma y Gomorra de la cristiandad, y Rojas lo sabía de sobra incluso antes de poner los pies en ella. Allí los santos y beatos se volvían demonios en solo unos días y estos no daban abasto en sus calles a la hora de cosechar almas para el infierno.

En cuanto a Elisa, seguía añorándola y, de vez en cuando, le enviaba una carta enardecida a través de terceras personas con el fin de que no se sintiera sola y así mantener viva la llama de la pasión. Por otra parte, intentaba serle fiel, al menos de corazón, y procuraba no dejarse arrastrar por las numerosas tentaciones que, día y noche, ofrecía la ciudad.

El embajador vivía en un antiguo palacio algo desvenecado no muy lejos del Vaticano. El criado condujo a Rojas directamente al despacho de su señor en la planta de arriba después de atravesar varias salas que estaban en penumbra. Francisco de Rojas y Escobar contaba cincuenta y siete años y era de estatura mediana y compleción gruesa. Tenía poco pelo y su rostro era ovalado, con los ojos pequeños y la nariz algo ganchuda. De origen toledano, además de diplomático, había sido miembro del Consejo Real y caballero y comendador de varias encomiendas de la Orden de Calatrava. En la actualidad, su tarea principal como embajador se centraba precisamente en todo lo relacionado con el disputado reino de Nápoles, que a la sazón estaba dividido, con la intención última de ganar influencia y hegemonía en la península itálica, lo que era causa de gran preocupación para Fernando el Católico.

—Pero ¿dónde estabas? Hace un buen rato que te espero. ¿Es que no sabes qué es lo que ha ocurrido? —le soltó el embajador con cierta aspereza, sin haberle deseado siquiera los buenos días.

—Acabo de enterarme. Estaba dormido.

El embajador lo miró con gesto de reprobación.

—¿Y qué horas de levantarse son esas? Mira qué aspecto tienes, pareces salido de una pocilga o algo peor —comentó, algo soliviantado—. Recuerda que no has venido a Roma para divertirte, sino para purgar tus pecados y prestar algún servicio. ¿Acaso lo has olvidado?

—Lo tengo muy presente; no hace falta que me lo recordéis. Es en lo primero en lo que pienso cuando me acuesto y cuando me levanto.

—Pues ahora tienes la oportunidad de enderezar tu carrera y volver a Castilla, como tanto ambicionas.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Has de averiguar todo lo que puedas sobre la muerte del papa y, al mismo tiempo, estar atento a lo que se cuece ahora mismo en el Vaticano. Eso se te da bien; de hecho, si tú quisieras, podrías ser un buen espía, y no solo un vulgar pesquisidor —comentó de paso su tío.

—¿Y con qué fin queréis que me entere de lo que está ocurriendo en el interior de la Santa Sede?

—Hay que conseguir que salga elegido un papa que nos sea favorable, que apoye claramente nuestra causa, cosa que no va a ser fácil en las actuales circunstancias —ordenó el embajador—; de modo que al final tendremos que lograrlo con dinero, con favores, con promesas, con extorsiones, como sea... Y para ello necesitamos información.

—¿Como sea?! —objetó Rojas.

—Tú ya me entiendes. El reino napolitano y los intereses de la Corona de Aragón dependen de ello.

—¿Y para qué queréis que descubra quién mató al papa, si no es indiscreción preguntar?

—Es muy posible que detrás de su muerte haya algo oscuro; corren de nuevo rumores de que lo han envenenado, bien ahora, bien en el banquete, o en ambas ocasiones. Y, si eso es cierto, nos conviene saberlo antes que nadie.

—Pero los médicos dijeron que estaba enfermo, como muchos en estos días en Roma, por culpa de este aire viciado que nos envuelve y de este calor insano —apuntó el pesquisidor.

—Lo que no quita para que hayan querido matarlo luego. Según se dice, los criados vieron a alguien saliendo sigilosamente de los apartamentos privados del Santo Padre —le informó su tío.

—¿Y vos cómo os enteráis de esas cosas?

—Porque tengo oídos y ojos en todas partes. ¿Por quién me has tomado? —le respondió su tío muy ufano.

—¿Y, si es así, para que me necesitáis a mí?

—Porque tú eres de mi plena confianza, no en vano somos familia, y sabes, además, interpretar todo lo que oyes y observas, y tomar decisiones razonables sobre la marcha, gracias a tu experiencia como pesquisidor real —le confesó el embajador.

—Y, según vos, ¿la muerte del papa nos beneficia o nos perjudica? —quiso saber Rojas.

—Eso ya lo iremos viendo. De momento, nos deja algo descolocados, ya que al fin y al cabo Rodrigo Borgia era español, de origen valenciano, y hubo un tiempo en el que nos favoreció mucho. Por eso debemos tratar de averiguar cómo murió realmente su santidad, así como los posibles movimientos de su hijo César: qué prepara, qué quiere, con quién piensa aliarse, cuáles son sus planes inmediatos si es que los tiene...

—Ahora mismo no creo que sea capaz de hacer nada, pues, por lo visto, sigue postrado en su lecho a causa de la enfermedad.

—Es posible, pero tenemos que adelantarnos a los acontecimientos. Por otra parte, es importante saber por anticipado cuáles van a ser los movimientos dentro del colegio cardenalicio de cara al cónclave, dado que están en juego los intereses de media Europa y, especialmente, de España y Francia. Entérate de qué es lo que se rumorea por ahí, quién apoya a quién en el Vaticano. Sin duda eres la persona idónea, pues tienes mucho talento y en la Santa Sede casi nadie te conoce, debido a que llevas poco tiempo aquí. Así que no te costará mucho. Toma este dinero por si lo has menester —añadió el embajador, alargándole una bolsa tintineante de monedas.

—¿Y creéis vos que es posible que salga elegido alguien de nuestra cuerda? —planteó Rojas.

—Dado el rechazo que ahora hay en Roma contra los españoles, no tenemos muchas opciones, pero, de entrada, debo impedir a toda costa que salga adelante el candidato apoyado por el rey de Francia, o sea, el cardenal Georges d'Amboise, y luego ya veremos. Recuerda, sobrino, que este es un momento muy delicado y hay que estar a la altura de las circunstancias.

—¿Y qué obtendré yo si la cosa sale bien?

—¡Qué pregunta! Podrás volver a Castilla si ese es tu deseo, aunque no sé para qué quieres regresar allí. Esta es tierra de oportunidades para un hombre como tú. Todo lo que pasa en la cristiandad se cuece aquí. Si te dejaras guiar por tu tío, podrías hacer fortuna y llegar a ser muy poderoso.

—Os lo agradezco, pero eso no es para mí.

—¿Y qué es lo tuyo, vamos a ver?

—Aún no lo sé.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó el embajador—. Supongo que conoces la parábola del hijo pródigo.

—Más o menos.

—Pues tú eres como él. Dios ha derramado sobre ti toda clase de dones y tú no haces más que dilapidarlos por ahí

o no te sirves de ellos, que todavía es peor. Pero no esperes que nuestros monarcas vayan a recibirte como al hijo pródigo si no llevas a cabo con éxito tu misión, que te quede claro.

—Se hará lo que se pueda.

Rojas salió de la casa del embajador con cierta pesadumbre. No había duda de que su tío lo tenía en alta estima, al igual que los reyes, mas esa querencia y admiración eran muy interesadas, puesto que siempre esperaban obtener algo de su persona, algo que, al parecer, solo él podía darles. Por supuesto, agradecía mucho la confianza que su pariente depositaba en su talento, pero lo cierto era que le estaba pidiendo que se metiera en un avispero, pues eso eran el Vaticano y el colegio cardenalicio y todo lo que los rodeaba, y más en tales momentos, cuando acababa de morir un papa tan controvertido como Alejandro VI. Para unos, este representaba un periodo de gran violencia y corrupción. Para otros, los menos, una época de renacimiento y esplendor. Unos lo criticaban por su nepotismo y su conducta desordenada; otros lo alababan por su buen gusto y su apertura a las nuevas ideas. La mayoría lo consideraba cruel y desalmado, mientras que una minoría lo tenía por alegre y vividor. Sea como fuere, más que un papa cristiano, Rodrigo Borgia semejava un emperador de la antigua Roma como Calígula y, por lo tanto, alguien muy dado a ejercer el poder de manera arbitraria y despótica y a disfrutar de los placeres de la vida y del mundo pagano.

Su misión, de todas formas, no era juzgarlo, sino averiguar cómo había muerto. Y, a este respecto, llamaba la atención que alguien que tenía fama de envenenar a sus rivales y oponentes pudiera haber muerto emponzoñado si es que los rumores llevaban razón. Justicia divina, lo considerarían algunos; quien a hierro mata a hierro muere, dirían otros; ironías de la vida, añadirían unos pocos. Lo

difícil iba a ser descubrir la mano ejecutora y, en su caso, el instigador del crimen. Pero, antes de iniciar las pesquisas, tenía que comer, pues llevaba muchas horas sin probar bocado. Lo primero era lo primero; ya habría tiempo más tarde para investigar y filosofar.